

# Clínica de la neurosis obsesiva. Posición subjetiva y dirección de la cura

*Clinic of Obsessional Neurosis. Position and Direction of Treatment*

Por Luciano Lutereau<sup>1</sup>

---

## RESUMEN

El propósito de este artículo es realizar una presentación de la posición subjetiva del neurótico obsesivo, a partir de los desarrollos lacanianos de los seminarios 5, 8 y 10, en términos de la articulación entre amor, deseo y goce. En la segunda parte se plantean elaboraciones en torno a la dirección del tratamiento, en particular sobre la táctica de la interpretación y el manejo de la transferencia, en función de una lectura del historial freudiano de “El hombre de las ratas”.

**Palabras clave:** Clínica - Obsesión - Lacan - Freud

## ABSTRACT

The purpose of this paper is a presentation of the subjective position of the obsessional neurotic on the basis of the developments in Lacan’s seminars 5, 8 and 10 in terms of the articulation between love, desire and jouissance. The second part proposes elaborations on the direction of treatment, particularly on the tactics of interpretation and the handling of transference based on a reading of Freud’s case study of “The Rat Man”.

**Keywords:** Clinic - Obsession - Lacan - Freud

---

<sup>1</sup>Doctor en Filosofía y Magíster en Psicoanálisis por la Universidad de Buenos Aires, donde trabaja como docente de la Cátedra I de Psicología Fenomenológica y Existencia, y docente regular de la Cátedra I de Clínica de Adultos. E-Mail: llutereau@gmail.com

---

Por lo general, es una referencia habitual afirmar la ambivalencia en el núcleo de la neurosis obsesiva. Capaz de las acciones más generosas, el obsesivo resuelve sus acciones, al mismo tiempo, con un tinte agresivo que suele sorprender a su interlocutor. Por esta vía, se ha hablado muchas veces, entonces, de un “deseo de destrucción” en la obsesión y así, por ejemplo, es que –por momentos– Freud interpretó las coordenadas deseantes de su paciente “El Hombre de las ratas”. Sin embargo, la agresividad dista de ser un fenómeno privativo de esta forma de neurosis; también puede apreciarse que la histérica es capaz de las maniobras de confrontación más encarnizadas –así es que, por ejemplo, ha podido hablarse de una “histeria perversa” (Cf, Israël, 1974) –.

En definitiva, cabría asumir que este avatar es propio de la relación imaginaria con el semejante y, antes que el objeto de un deseo, tiñe un modo discrecional de posición subjetiva: mientras que la histérica objeta al Otro (sea que lo llamemos Padre, Ideal, etc.) y se identifica con el semejante; el obsesivo hace del Otro el sostén de su relación con el deseo y padece el infierno de la relación imaginaria. Por lo tanto, en lugar de desacreditar esta supuesta ambivalencia, más interesante es la vía de esclarecimiento de su razón estructural.

Para dar cuenta de este aspecto sería importante ensayar la respuesta a una pregunta específica: ¿de qué modo se relaciona sintomáticamente el obsesivo con el deseo, el amor y el goce?

Respecto de la primera cuestión, podría recordarse una célebre indicación de Lacan a propósito del niño (futuro) obsesivo que demanda una cajita con un énfasis algo insistente:

“En esta exigencia tan particular que se manifiesta en cómo pide el niño una cajita, lo que es intolerable para el Otro y la gente llama de forma aproximada la idea fija, es que no es una demanda como las otras sino que presenta un carácter de condición absoluta, el mismo que les he designado como propio del deseo.” (Lacan, 1957-58, 409)

De este modo, si la relación del sujeto con el Otro adquiere cierto tinte destructivo es porque, en la elevación de la demanda a este carácter absoluto, el Otro como deseante es rechazado. Sin embargo, esta posición en la demanda no deja de ser una demanda como cualquier otra en la medida en que está dirigida al Otro, esto es, se requiere a este último pero a título de desconocerlo. Por eso asume una condición paradójica:

“...el obsesivo hace pasar su deseo por delante de todo, quiere decir que va a buscarlo más allá, poniendo la mira en él, propiamente, en su constitución del deseo, es decir, en la medida en que, en cuanto tal, destruye al Otro. Aquí está el secreto de la contradicción profunda que hay entre el obsesivo y su deseo.” (Lacan, 1957-58, 410)

Por esta vía, el Otro no sería más que un requisito expectante de la demanda en juego (por eso Lacan acostumbraba decir que el obsesivo siempre está pidiendo

permiso, es decir, así restituye al Otro del que “aparentemente” reniega) y el obsesivo, como cualquier neurótico, se extravía respecto del objeto de su deseo. Así se accede a una configuración específica del deseo de muchos analizantes obsesivos: sostener el deseo en una prohibición –o en cualquier otra instancia del Otro, aquí como ley, que fundamente la relación con el objeto–; en este sentido, no pocas veces el objeto más requerido es rápidamente abandonado cuando la dimensión del esfuerzo desaparece. Esta configuración deseante permite introducir, a su vez, otros dos elementos que establecen sus coordenadas: la hazaña –habitualmente interpretada en términos de omnipotencia o infatuación narcisista– y el aburrimiento –eso que Lacan llamaba “bajada de tensión libidinal” en el camino de realización del deseo–. Este es el derrotero que conduce a los guiones habituales de la fantasmática del obsesivo, irreductible a la atribución corriente de “sadismo”.

### Amor, deseo y goce en la obsesión

En todo caso, las posiciones fantasmáticas del obsesivo organizan las relaciones del sujeto con el Otro, en función de lo indicado anteriormente –a propósito del Otro como garante–; sin embargo, un detalle suplementario radica en la disyunción que se establece entre los fantasmas del obsesivo y el acto: aquejado de inhibiciones e impedimentos, el analizante excepcionalmente logra dar un paso... y muchas veces sólo a través de una *acting out*. No obstante, ¿qué acto no sería algo precipitado? Podría recordarse, en este punto, la frase final del escrito de Lacan acerca del tiempo lógico: “...se concluye siempre demasiado pronto. Pero ese demasiado pronto es la evitación de un demasiado tarde” (Cf. Lacan, 1945). He aquí, entonces, uno de los problemas corrientes del obsesivo con el tiempo; apenas realiza un movimiento en la dirección del deseo se encuentra, si no con la angustia, al menos con la decepción:

“Lo que está en juego se sitúa en otra parte, o sea, en el plano de la discordancia entre el fantasma [...] y el acto mediante el cual aspira a encarnarlo, acto que, respecto del fantasma, siempre se queda corto.” (Lacan, 1960-62, 293)

Tomarse en serio esta “discordancia” implica asumir que, si el acto siempre queda corto, entonces está destinado a la derrota. Por lo tanto, como una orientación clínica importa menos alojar las quejas respecto de la vacilación fálica del obsesivo –la puesta a prueba del falo en que consiste su fantasma<sup>1</sup> que apuntar a ese intervalo que el síntoma viene a suturar. Cabe detenerse, entonces, en la dimensión de la hazaña para reconocer su carácter defensivo:

“Para que haya hazaña, hace falta ser al menos tres [...]. Lo que trata de obtener en la hazaña el obsesivo es precisamente esto, que llamábamos hace un momento el permiso del Otro [...] Hay en la hazaña del obsesivo algo que permanece

ce siempre irremediamente ficticio, porque la muerte, quiero decir aquello en lo que se encuentra el verdadero peligro, no reside en el adversario a quien él parece desafiar sino ciertamente en otra parte. Está precisamente en aquel testigo invisible, aquel Otro que está ahí como espectador, el que cuenta los tantos.” (Lacan, 1957-58, 426-427)

He aquí el abanico de una variedad de fenómenos habituales en la obsesión –desde el sentimiento de personalización hasta el desafío hueco que, una vez logrado, no tiene consecuencias en el sujeto–, cuyo fundamento es la localización del otro como “testigo” mientras la relación con el semejante se vacía; de ahí esa sensación corriente de estar donde nunca pasa nada, o bien de inadecuación con respecto al tiempo y lugar.<sup>2</sup>

Respecto de este último punto, según la consideración de que los fantasmas del sujeto obsesivo no suelen ser ejecutados, se cierne esa posición sintomática particular ante el deseo que es el aplazamiento. Clínicamente es importante destacar que no se trata de empujar al obsesivo en la realización de su deseo, que deje de postergar y avance *libremente* hacia esos objetos signados por la prohibición, sino de que advierta que su sostén radica en su condición de imposibles. Suele ocurrir, y no pocas veces, que en el curso de su análisis el obsesivo caiga en la cuenta de que aquello que quiso durante mucho años –por ejemplo, según lo relataba un analizante que rondaba la treintena de años, ser una “estrella de rock” (motivo con el que todavía adornaba muchas de sus fantasías diurnas)– en absoluto es algo que *realmente* le interesa, soporta apenas de su relación narcisista con el semejante (al sobresalir fálicamente del conjunto) y la conquista amorosa (siempre en el público suele estar la amada a la que se dedica la proeza) para una versión del Otro (más o menos idealizado) desde la cual “se mira desde afuera”.<sup>3</sup>

Por otra parte, el contrapunto del aplazamiento está en la aparición de la idea obsesiva, que irrumpe para poner en tela de juicio el acto, con el efecto enajenante de que se suele acompañar; en el medio de la situación... se “desconcentra” –y aquí se manifiesta el registro de una serie fantasías de las que podría decirse que su centro está en la “impureza” del deseo: desde las clásicas ideas relacionadas con pensamientos blasfematorios hasta los temores supersticiosos más recónditos–. En definitiva, la llave de apertura en la clínica de la neurosis obsesiva estriba en la reconducción a las coordenadas de aparición de aquello que no tiene otra función que la de interrumpir. No se trata de que el obsesivo tenga un deseo particularmente fijado (una “idea fija”), sino que sus condiciones de imposibilidad son las que fijan todo tipo de rodeos para una realización mínima, que pase desapercibida, porque “él no se encuentra allí” (Lacan, 1962-63, 330).

Esta vía del aplazamiento conduce a aprehender una de las compulsiones más propias del obsesivo: la duda. Esta última no consiste en una indeterminación, esto es, en un mero “no saber”, sino que la duda del obsesivo se resume en la elección de dudar. De este modo, la duda es un síntoma de la irresolución intrínseca del obsesivo, una forma de elegir no elegir (Cf. Soler, 1988), y permanecer aislado entre

dos opciones, cuando no se trata de preguntar al Otro por la causa de su determinación (“¿Qué me conviene?”):

“Impedirse. La compulsión es aquí la de la duda. Conciérne a aquellos objetos dudosos gracias a los cuales se aplaza el momento de acceso al objeto último, que sería el fin en el pleno sentido de la palabra, o sea la pérdida del sujeto...” (Lacan, 1962-63, 345)

Por eso Freud podía decir que el síntoma obsesivo se articula en dos tiempos, donde el segundo cancela al primero, es decir, donde el síntoma está al servicio de poner a distancia el acto en que el sujeto podría “perderse”. Esta última consideración acerca de la duda permite introducir las relaciones del obsesivo con el amor:

“¿Qué es ese amor idealizado que encontramos [...] en toda observación algo avanzada del obsesivo? ¿Cuál es la solución de este enigma –enigma de la función atribuida al Otro, en este caso la mujer [...] para saber lo que representa subrepticamente de negación de su deseo.” (Lacan, 1962-63, 347)

En este punto, más allá de interpretación edípica que podría reconducir la pareja al lugar de un sustituto parental, importa apreciar el orden de la manifestación misma del amor en la obsesión: “aquello que él considera que aman es una determinada imagen suya. Esta imagen, se la da al otro” (Lacan, 1962-63, 348). Esta circunstancia no sólo adhiere al reconocimiento de la oblatividad propia del obsesivo, sino que permite caracterizar aquello que Lacan llamara su particular “diplopía” (Lacan, 1953, 48):

“Lo impactante en la psicología del neurótico [...] es el aura de anulación que rodea del modo más familiar al partenaire sexual que para él tiene mayor realidad, que le es más próximo, con el cual tiene en general los vínculos más legítimos, ya se trate de una relación o de un matrimonio. [...] se presenta un personaje que desdobra al primero y que es objeto de una pasión más o menos idealizada, que se desarrolla de manera más o menos fantasmática, con un estilo análogo al del amor pasión...” (Lacan, 1953, 50)

El correlato de la idealización amorosa de uno los términos es, a su vez, la particular degradación de la vida erótica –ya entrevista por Freud– que reduce el Otro sexo al estatuto de complemento fantasmático del deseo: el obsesivo no sólo ama mujeres a las que luego no se atreve a “mancillar” –esa distinción recogida en la lengua popular que afirma que están las mujeres para casarse (articuladas a los ideales familiares) y otras para acostarse (según la causa del deseo)–, sino que también desea a mujeres con las que no logra establecer una relación tierna. De ahí que no se trate, para el analista, de incentivar ningún idealismo invertido –“Apueste por la mujer de su deseo”, en una especie de heroísmo romántico, que puede estar bien para las novelas pero no para la dirección de la cura–, sino de advertir el carácter mismo de la división e interrogar su particular posición frente a la demanda amorosa (en la expectativa narcisista de ser

amado en términos ideales) y la condición de un deseo que no hace lugar más que a la degradación, esto es, que no se presenta como encuentro con el deseo del Otro –es decir, que no hace del Otro sexo la causa de su deseo–.

En este punto, otro modo de entender esa “diplopía” se encuentra en lo que Lacan llamara el “insulto” (Lacan, 1960-61, 281) del deseo del Otro. Para dar cuenta de este aspecto cabe remitirse a la fórmula del fantasma obsesivo:

$$A \diamond \varphi (a, a', a'', a''', \dots)$$

El obsesivo encuentra su lugar en la división del Otro –con su patognómico “ser para la deuda”– y desde allí se dirige al Otro que se presenta como falo, a través de una sucesión de formas degradadas del deseo, cuyo valor imaginario se encuentra siempre desplazado.<sup>4</sup> Esta metonimia del deseo, a su vez, hace del obsesivo –enfrascado en sus objetos– un objetante del falo en el Otro:

“...negación del signo del deseo del Otro. No abolición, tampoco destrucción del deseo del Otro, sino rechazo de sus signos. He aquí lo que determina esta imposibilidad tan particular que afecta en el obsesivo a la manifestación de su propio deseo.” (Lacan, 1960-61, 282)

Como una ilustración de esta situación podría pensarse en las “contrapropuestas” del obsesivo –que van desde el rechazo de toda iniciativa de su pareja hasta la degradación de todos los intereses de un semejante cualquiera–, cuyo correlato es la culpabilidad que luego se resuelve en la búsqueda del perdón. De este modo, la compulsión a “insultar” el deseo deja al obsesivo en una cierta imposibilidad (que, eventualmente, se manifiesta clínicamente en afirmaciones del estilo: “Ya no sé por qué todo me sale mal”),<sup>5</sup> punto en que la captación de su propio *feedback* puede orientar al obsesivo hacia el saber.

Luego de considerar las vertientes del deseo y el amor cabe detenerse en la relación con el goce. La satisfacción del obsesivo, dadas las coordenadas de deseo anteriormente indicadas, tiene un matiz específico:

“...un deseo prohibido no quiere decir un deseo extinguido. La prohibición está ahí para sostener el deseo, pero para que se sostenga ha de presentarse. [...] La forma en que lo hace es, como ustedes saben, muy compleja. A la vez lo muestra y no lo muestra. Por decirlo todo, lo camufla.” (Lacan, 1957-58, 423)

En este punto, la clásica atribución de agresividad al obsesivo puede ser revisada una vez más: “Toda emergencia de su deseo sería para él ocasión de aquella proyección, o de aquel temor de venganza, que inhibiría todas sus manifestaciones” (Lacan, 1957-58, 423). De este modo, el obsesivo manifiesta su deseo hurtándolo o, para utilizar una expresión de Lacan en “La dirección de la cura...”, de “contrabando”. Curiosamente, quien se sitúa respecto de la demanda con un énfasis perentorio es también quien hace de su deseo un juego de escondite.

Así pueden reconocerse maniobras habituales en la obsesión, que van desde la justificación permanente de los actos más nimios –como un modo de intentar darle una razón al goce– hasta el sentimiento de llevar una vida vacía y sin sentido –como una forma de testimoniar el carácter extraño al yo de la satisfacción pulsional–.

De acuerdo con esta perspectiva puede afirmarse, a partir de la relación del obsesivo con la satisfacción, que su posición está irremediabilmente fijada a la presencia del Otro, a su mantenimiento,<sup>6</sup> como instancia de validación –aspecto que, según se comentó anteriormente, la hazaña demuestra a la perfección–. Por otro lado, a partir de lo ya expuesto a propósito de la relación del obsesivo con la demanda del Otro, puede pensarse la particular incidencia del objeto anal:

“Éste es el mecanismo de lo que se produce en cierto momento decisivo de todo análisis de obsesivo. [...] En tanto que la evitación del obsesivo es la cobertura del deseo en el Otro por la demanda en el Otro, *a*, el objeto de su causa, se sitúa allí donde la demanda domina, o sea, en el estadio anal, donde *a* no es pura y simplemente el excremento, puesto que es el excremento en cuanto demandado.” (Lacan, 1962-63, 316)

He aquí, entonces, el punto de partida de una coyuntura particular de la clínica de la obsesión: la angustia anal frente al Otro, reflejada en actitudes retentivas –que van desde el rechazo de la interpretación (a través de las más diversas maniobras: “Sí, puede ser”, “Nunca lo había pensado” cuando es sabido que lo que el obsesivo no pensó... ¡no existe!, etc.) hasta el reclamo por el pago de honorarios u otras vicisitudes transferenciales–. Dicho de otro modo, el obsesivo es particularmente resistente a entregar el capital de goce de su síntoma –aspecto en el que se diferencia notablemente de la histeria, dada la relación inmediata con el saber que caracteriza a este último tipo clínico–. Por lo tanto, inútil sería la posición del analista que pretenda situarse en una demanda más radical y, por ejemplo, pretenda forzar la pérdida que el obsesivo retiene. En todo caso, mucho más propicio es el rodeo que deja a un lado el circuito de la pulsión anal para enlazar la obsesión al saber a través de la curiosidad –satisfacción propia de lo escópico–.<sup>7</sup> Asimismo, antes que reclamarle al obsesivo el producto de su retención, se trata muchas veces de indicarle que esa pérdida ya aconteció...

### Transferencia e interpretación en la neurosis obsesiva

¿Cómo se presenta clínicamente el obsesivo? En el *seminario 5* Lacan formula siguiente descripción:

“Cuando vemos a un obsesivo en bruto o en estado de naturaleza, tal como nos llega [...] vemos a alguien que nos habla ante todo de toda clase de impedimentos, de inhibiciones, de obstáculos, de temores, de dudas, de prohibiciones. También sabemos de entrada que no será en ese momento cuando nos hable de su vida fantasmáti-

ca, sino gracias a nuestras intervenciones [...]. Entonces nos confiará la invasión, más o menos predominante, de su vida psíquica por fantasmas.” (Lacan, 1957-58, 419)

Ahora bien, cabría comparar esta precisión de Lacan con el modo en que se presentara el “Hombre de las ratas” a la consulta con Freud, para evaluar la articulación entre los temores e inhibiciones en cuestión y la vida fantasmática que es su reverso:

“Un joven de formación universitaria se presenta indicando que padece de representaciones obsesivas ya desde su infancia, pero con particular intensidad desde hace cuatro años. Contenido principal de su padecer son –dice– unos temores [además de impulsos y prohibiciones] de que les suceda algo a dos personas a quienes ama mucho [padre y amada]. [Esta situación le hizo perder mucho tiempo, en particular en su carrera] De las curas intentadas, la única provechosa fue un tratamiento de aguas en un instituto [pero porque allí pudo tener relaciones sexuales con una muchacha]. Su vida sexual ha sido en general pobre, el onanismo desempeñó sólo un ínfimo papel a los 16 o 17 años. Afirma que su potencia es normal; primer coito a los 26 años.” (Freud, 1909, 127)

Al igual que en el caso Dora, el objetivo de Freud en este historial es reconstruir la génesis y el mecanismo de la obsesión –incluso se utiliza la misma palabra (“ensambladura”) para referirse a estos aspectos–. Sin embargo, la llegada a la consulta de ambos es muy diferente. Más allá de la descripción del padecimiento, ¿no es llamativo que el Hombre de las ratas ponga en un primer plano su vida sexual? En este sentido, es notable que Freud le pregunte por esta misma cuestión, punto en el que verifica una primera versión del Otro de la transferencia: el joven universitario había leído un libro suyo y, además de encontrar cierta convergencia con los “trabajos de pensamiento” en que consistía su malestar, puede desprenderse que el hecho de que Freud fuese un *Herr Professor* no es algo indistinto –de la misma manera en que más adelante en el caso se relata la asociación del nombre de Freud con el de un criminal; así, ya en este modo de presentación puede anticiparse el desplazamiento al analista de la oscilación entre un término idealizado y otro degradado en que consiste la división subjetiva del obsesivo–.

En segundo lugar, que la vida sexual ocupe el primer plano de esta comunicación permite entender la posición de quien consulta frente a la demanda en un “razonamiento” que podría expresarse del modo siguiente: “si Freud escribe sobre sexualidad, eso es lo que quiere de que le hablen y, entonces, de eso hablaré” –esto es, ya desde su llegada el Hombre de las ratas se sitúa respondiendo a la demanda que le supone al Otro–. De este modo, en esta breve secuencia se encuentra una nueva pista transferencial que se amplía en el relato de la primera comunicación que el paciente realiza cuando se le ofrece hablar “libremente”:

“Tiene un amigo a quien respeta extraordinariamente. Acude a él siempre que lo asedia un impulso criminal, y le pregunta si no lo desprecia como delincuente. El lo apoya, aseverándole que es un hombre intachable [...]. Antes, dice, otra persona ejerció sobre él parecido influjo, un estudiante que tenía 19 años cuando él mismo andaba por los 14 o 15 años; este estudiante le había cobrado afecto, y había elevado tan extraordinariamente su sentimiento de sí que podía creerse un genio. Este estudiante fue luego su preceptor hogareño, y de pronto modificó su comportamiento rebajándolo como a un idiota. Por último, reparó en que se interesaba por una de sus hermanas...” (Freud, 1908, 128)

Cabría detenerse, por un lado, en que la referencia a ese amigo dista de ser anodina –dado que el nombre de Freud resuena con la palabra “amigo” en alemán (*Freund*)–. Sin embargo, del modo que sea, lo cierto es que ya puede anticiparse otra variable del tratamiento para el analista: si Freud habrá de responder como el amigo que lo apoya y lo disculpa; esto es, puede reconstruirse así la demanda implícita (como toda demanda) que se le dirige, esto es, si es un gran hombre o un criminal... como lo demuestra también, por otro lado, el resto de la secuencia cuando incluye al preceptor, con el cual se vuelven a poner en juego las coordenadas de división antedichas y que ocuparían todo el desarrollo del caso: genio/idiota; en fin, un término idealizado y otro degradado.

En este punto, no deja de sorprender cómo en el modo de presentación del padecimiento ya se recortan todos los elementos fundamentales para el tratamiento de la neurosis obsesiva. Podría pensarse también la forma discrecional de respuesta de Dora frente a la desilusión con su gobernanta (cuando descubre el interés de esta última por su padre): la hace echar... el Hombre de las ratas se siente un idiota –siendo este lugar caído (que hoy en día suele nombrarse como “baja autoestima” o “inseguridad”) un motivo frecuente de consulta–.

Esta coordenada de degradación se encuentra también en el relato de su infancia cuando, hacia los 4 o 5 años, le pidió permiso (como buen futuro obsesivo) a la gobernanta para deslizarse bajo su falda. En ese punto se despertó su deseo a través de una curiosidad ardiente (de ver mujeres desnudas), tanto como quedó fijado a la condición de no decir nada al respecto, circunstancia asociada al momento en que (a los 7 años) escuchó a otra gobernanta decir: “Con el pequeño es claro que una lo podría hacer, pero Paul es demasiado torpe” y, al entender el menosprecio, el pequeño se puso a llorar... A los 6 años padecía de erecciones, por las cuales consultaba a su madre (motivo que permite distinguir el pene del falo y recordar los avatares del caso Hans en torno al inicio de su fobia), pero el punto crucial estuvo en que su deseo escópico se vinculara con el temor de que algo malo ocurriría.

Además de indicar la célula elemental de la neurosis infantil, puede advertirse en esta secuencia de qué modo la neurosis obsesiva no está desligada del afecto –es decir, no se trata sólo de una cuestión de “ideas”– y así es como también toca al cuerpo; asimismo, por esta razón, se concluye la manera extraña en que el obsesivo

se vincula con el deseo, en la medida en que el temor cobra ese valor bivalente: por un lado, indica la tentación y, por el otro, la defensa. “Temo que tal cosa ocurra...” es una expresión demasiado elocuente como para determinar la posición de quien habla, esto es, dividirlo entre el deseo y la prohibición.

Este último aspecto es el que se encuentra en todo el esclarecimiento relativo al gran temor obsesivo del Hombre de las ratas, aquel que motivó la consulta con Freud (a pesar de que la neurosis se hubiese desencadenado mucho antes), a partir de una vivencia particular en el contexto de las maniobras militares:<sup>8</sup> frente a la situación del olvido de sus quevedos, le sucedió sentarse junto a un capitán que ya había demostrado pruebas de crueldad y con el cual había disputado al respecto –por lo tanto, cabría preguntarse, ¿por qué fue a sentarse justamente al lado de ese hombre?–;<sup>9</sup> entonces, este último relató un tormento aplicado en Oriente que consistía en introducir ratas en el ano del torturado. En ese momento, se le ocurrió que ese castigo le ocurría a una persona querida (su amada y su padre). Al día siguiente, es este capitán quien le acerca sus quevedos, con la indicación de a quien debía pagar el reembolso. En ese punto, se le plasmó la sanción de no devolver el dinero (para evitar la fantasía anterior), aunque también el mandamiento de hacerlo.

No cabe detenerse aquí en el desarrollo completo de la idea obsesiva y todos sus pormenores, sino recoger los dos aspectos que son centrales para la puesta en forma del dispositivo analítico por parte del analista:

1. Cuando el Hombre de las ratas comienza a relatar el tormento, se interrumpe y solicita a Freud lo excuse de continuar. La respuesta de este último no se deja esperar: “Lo mismo podría pedirme que le bajara dos cometas”,<sup>10</sup> esto es, sanciona el carácter intransigente de la regla fundamental, poniendo en cuestión cualquier atribución de crueldad por parte del analista como función (aunque, por cierto, a Freud crueldad no le faltaba según demuestra su sugerencia del “empalamiento”). El efecto de esta intervención, curiosamente, radica en ubicar a Freud en la serie psíquica del Hombre de las ratas, ya que al despedirse lo saluda con el título de “señor capitán”. De este modo, en la medida en que Freud se abstiene de hacer consistir el lugar de goce del Otro a través del cumplimiento de la regla analítica, esta última produce como resultado una especificación de la transferencia: ahora Freud ya no es sólo el *Professor* (u otro signo del Ideal) sino también un nombre de la satisfacción que el Hombre de las ratas cede al campo del Otro.
2. Frente al delirio en que consiste el desarrollo del temor obsesivo, la respuesta de Freud no radica en relativizar lo acontecido ni en testear el grado de realidad que le corresponde, sino que su intervención tiene el valor de una rectificación del sujeto en cuestión: a pesar de la información comunicada por el capitán respecto del reembolso, el Hombre de las ratas –por lo que se desprendía de la secuencia de sus idas y venidas al

tratar de cumplir con la sanción y el mandamiento– debía saber que quien había pagado la deuda era la muchacha de la estafeta postal; por lo tanto, no sólo se trata de que estuviese tentado de desconocer el interés que pudiese tener por esa muchacha, sino que había un saber que sabía sin saberlo, un saber no sabido. De este modo, con esta intervención Freud concierne al Hombre de las ratas con la causa psíquica de su padecimiento y, al mismo tiempo, funda éticamente la existencia del inconsciente.

En continuidad con este planteo de la posición del analista en respuesta a la neurosis obsesiva puede añadirse la secuencia relativa al relato de la ocasión de la última configuración de la enfermedad, a partir de la muerte del padre, cuando el Hombre de las ratas se hizo un reproche por su ausencia en dicho momento; sin embargo, este reproche sólo un tiempo después adquirió un carácter martirizador, cuando aconteció la muerte de una tía y, en dicho contexto, se topó con una frase alusiva de su tío que pudo aplicar a la puesta en duda de la fidelidad matrimonial de su padre. Así, el reproche se vuelve obsesivo cuando el Otro queda afectado en su deseo (y, por cierto, la cuestión del matrimonio no es un motivo indiferente en el caso del Hombre de las ratas en la medida en que él mismo estaba concernido en la posibilidad de un matrimonio por conveniencia... al igual que el padre).<sup>11</sup> Por eso, si el obsesivo responde con su falta a la falta del Otro, para el analista no se trata de enzarzarse en los laberintos de la culpa yoica, siempre más o menos omnipresente, sino de reconducirla a su fundamento inconsciente, tal como hace Freud al justificar el sentimiento de criminalidad –en lugar de disculparlo, como lo habría hecho el amigo– aunque destacando su carácter desplazado.

De este modo, en lugar de tomar la culpa como hilo conductor del análisis del obsesivo, podría añadirse que más significativo es considerar el efecto de la última manifestación de la enfermedad: “Una seria incapacidad para el trabajo fue la consecuencia inmediata de este ataque” (Freud, 1909, 139), dice Freud. Dicho de otra manera, las inhibiciones del obsesivo –que muchas veces conviven con una inmensa actividad, o bien se refugian en la declaración yoica de “inseguridad”– son una puerta de entrada al análisis. Así lo dice Lacan cuando afirma lo siguiente:

“Desde luego, no podemos decir que mostrarle [...] su relación con el falo imaginario para, por así decir, familiarizarlo con ese callejón sin salida, no esté en la vía de solución de las dificultades [...] ¿es posible no advertir que [...] el sujeto no estaba en absoluto desembarazado de sus obsesiones, sino tan sólo de la culpabilidad que las acompañaba?” (Lacan, 1960-61, 283)

Luego de las intervenciones que ponen en marcha el dispositivo analítico, cabe detenerse en las interpretaciones propiamente dichas, esto es, aquellas que invitan a la elaboración de saber a través de concernir al analizante con su decir:

1. Por un lado, podría destacarse una secuencia que parte de la representación, a los 12 años, de que, si su padre moría, la niña que amaba sería tierna con él. A pesar de que se defiende de expresar así un deseo, Freud le objeta: "Si no era un deseo, ¿por qué la revuelta?"; y cuando el obsesivo vuelve a desentenderse –afirmando que sólo por el contenido de la idea– Freud vuelve a concernirlo al decirle que trataba ese texto como uno de lesa majestad –dado que el contenido podía ser expuesto en un contexto en el que resultara anodino–. Sin embargo, el hecho de pensarlo ya implicaba su posición.
2. Por otro lado, el efecto de la secuencia anterior es preciso: "Queda tocado, pero no resigna su contradicción". En este punto, antes que forzarlo a reconocer su participación en el deseo, Freud abre nuevamente el espacio psíquico de la Otra escena, al afirmar que "la idea de la muerte del padre sin duda no se presentó por primera vez en ese caso". De este modo, relanza la asociación del obsesivo, quien relata que idéntico pensamiento le ocurrió medio año antes de la muerte del padre y, por tercera vez, el día anterior a su muerte. No obstante, agrega que la muerte del padre nunca puede haber sido objeto de deseo, sino de temor. Tras este dicho, Freud introduce un fragmento de teoría, que vincula el amor consciente con el deseo reprimido. El efecto, con una intervención que busca el reconocimiento yoico, es una profunda alteración de lo imaginario: "El queda muy agitado, muy incrédulo, y le asombra que fuera posible en él ese deseo". Dicho de otro modo, el efecto es de extrañamiento y cierta despersonalización.
3. A partir de lo anterior, puede indicarse la diferencia entre una interpretación que le otorga un objeto al deseo –en este caso, un deseo de muerte (o bien, en el caso Dora, su amor por el señor K)– y una interpretación que circunscribe sus condiciones. Este es el caso de la última secuencia significativa, cuando, al devolverle una vez más la palabra al obsesivo (aunque éste afirme que no registra convencimiento alguno en función de la intervención de Freud),<sup>12</sup> sostiene que le gustaría preguntar cómo una idea puede aparecer de modo discontinuo (a los 12, a los 20, etc.). En este punto, la intervención de Freud toma, una vez más, el carácter de una interpretación: "Si alguien plantea una pregunta así, ya tiene aprontada la respuesta. No hay más que dejarlo seguir hablando". Esta secuencia conduce, finalmente, al ordenamiento de las coordenadas del deseo del obsesivo en función de una versión del Otro como instancia de prohibición: el obsesivo no puede desear sin destruir, lo que es distinto a plantear un deseo de destrucción.

Esta triple consideración invita a pensar acerca de la sutileza de la interpretación freudiana –a pesar de que, en ciertos casos, todavía se transmita una especie de mística de la interpretación que al modo de la intervención bíblica ("Lázaro, levántate y camina) resolvería los síntomas con sólo una palabra–. La función de la interpretación es

restituir un acto de habla antes que el objeto de un deseo. Esto es particularmente sensible en el caso del neurótico obsesivo, quien, permanentemente, plantea inquietudes epistémicas acerca del decir del analista, o bien intenta "entender" lo dicho como si fuera un razonamiento. En el caso del Hombre de las ratas, es notorio el modo en que Freud sanciona que el temor es un indicador del deseo, esto es, que en su temor se enuncia también como sujeto del deseo, dividido entre pulsión y defensa.

## Conclusiones

De acuerdo con estas consideraciones finales, hemos delimitado el modo en que se plantea la intervención en la neurosis obsesiva y, en función del caso del Hombre de las ratas, ha quedado establecida una primera secuencia de la transferencia. Por esta vía, este último aspecto podría especificarse a través de la manera en que el mecanismo en dos tiempos del síntoma se pone en juego con el analista –a través de una formación del inconsciente–<sup>13</sup> hasta alcanzar el estatuto de una puesta en acto transferencial –que interrumpe la asociación libre– en diversas ocasiones: desde la fantasía de que Freud podría golpearlo (que concede su valor a la construcción de una escena infantil en la cual el Hombre de las ratas habría realizado un desaguisado y debió ser reprendido por el padre) hasta la elucubración de un plan matrimonial con la hija de Freud –también reintroducida en el análisis con un sueño–. En definitiva, esta última orientación llevaría a confirmar hasta qué punto la transferencia es la palestra de resolución de la neurosis y cómo al analista le corresponde en el dispositivo un lugar menos idealizado que el del interpretador.

Asimismo, diferentes aspectos de la clínica de la neurosis obsesiva podrían ser retomados en otros contextos –como su "particular" sentido del humor (especialmente pesado para sus amigos o parejas), su predisposición al devaneo y la pérdida de tiempo (esas actitudes que a veces se expresan con frases del estilo "me cuesta arrancar" o bien "soy hijo del rigor"), etc.–; sin embargo, en términos generales, estas particularidades pueden ser reconducidas a los motivos estructurales ya esclarecidos: ese sentido del humor no es más que otra forma del "contrabando" comentado a propósito de la satisfacción, la dilapidación del tiempo es otro modo de ilustrar la relación con la demanda del Otro, etc. De esta manera, una misma estructura se refracta en diferentes fenómenos. Y si bien la clínica psicoanalítica consiste en trazar distinciones, la orientación del tratamiento requiere reconducir esta variedad a una forma única.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1909). "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el 'Hombre de las Ratas')". En *Obras completas*, Vol. X, Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Israël, L. (1974). *El goce de la histórica*, Buenos Aires: Argonauta, 1979.
- Lacan, J. (1945). "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma". En *Escritos I*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Lacan, J. (1953). "El mito individual del neurótico". En *Intervenciones y textos I*, Buenos Aires: Manantial, 1991.
- Lacan, J. (1957-58). *El seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires: Paidós, 1999.
- Lacan, J. (1960-61). *El seminario 8. La transferencia*, Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Lacan, J. (1962-63). *El seminario 10. La angustia*, Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Soler, C. (1988). "La elección de neurosis" en *Finales de análisis*, Buenos Aires: Manantial, 2007.

## NOTAS

<sup>1</sup>"En el fondo de la experiencia del obsesivo hay siempre lo que yo llamaría cierto temor a deshincharse, respecto de la inflación fálica" (Lacan, 1960-61, 293).

<sup>2</sup>"...esa especie de birlibirlique característico del modo de proceder del obsesivo en su forma de situarse respecto del Otro –más exactamente, de no estar nunca en el lugar, en el instante, en el que parece indicar que está" (Lacan, 1960-61, 289).

<sup>3</sup>"Ahora bien, la correlación de esta omnipotencia con, por así decir, la omnivigencia, nos indica suficientemente de qué se trata. Se trata de lo que se dibuja en el campo que está más allá del espejismo de la potencia. Se trata de esa proyección del sujeto en el campo del ideal, desdoblado entre, por un lado el *alter ego* especular –el yo ideal– y, por otro lado, lo que está más allá –el Ideal del yo" (Lacan, 1962-63, 331).

<sup>4</sup>"La formulación del segundo término del fantasma obsesivo alude de manera muy precisa a qué son los objetos para él, en cuanto objeto de deseo, puestos en función de ciertas equivalencias eróticas [...]. El  $\phi$  es precisamente lo que subyace a la equivalencia entre los objetos en el plano erótico. El  $\phi$  es de algún modo la unidad de medida a la que el sujeto acomoda la función a minúscula, es decir, la función de los objetos de su deseo. [...] aquellas sustituciones, de aquella metonimia permanente cuyo ejemplo encarnado es la sintomática del obsesivo" (Lacan, 1960-61, 289-290).

<sup>5</sup>Por esta vía puede echarse alguna luz sobre las inhibiciones habituales del obsesivo, que demuestran ese punto en que el yo puede venir a obturar la falicización del objeto cuando ésta cae. Así, el obsesivo introduce su yo degradado en escena (por ejemplo, "soy una mierda"): "En este punto de carencia, donde la función de falicismo

a la que se entrega el sujeto se encuentra encubierta, en su lugar se produce aquel espejismo de narcisismo que en el sujeto obsesivo llamaré verdaderamente frenético" (Lacan, 1960-61, 291).

<sup>6</sup>"...se trata de ver a qué va dirigido en su conjunto el comportamiento obsesivo. Su objetivo esencial, no hay duda, es el mantenimiento del Otro" (Lacan, 1957-58, 427).

<sup>7</sup>En este sentido pueden entenderse las reflexiones de Lacan acerca de la introducción de la función de la causa en el síntoma en el *seminario 10*: "El síntoma sólo queda constituido cuando el sujeto se percata de él, porque sabemos por experiencia que hay formas de comportamiento obsesivo en las que el sujeto no sólo no ha advertido sus obsesiones, sino que no las ha constituido como tales. [...] Para que el síntoma salga del estado de enigma todavía informado, el paso a dar no es que se formule [forzar la formulación], es que en el sujeto se perfila algo tal que le sugiera hay una causa para eso [que quiera saber algo al respecto]" (Lacan, 1962-63, 302-303).

<sup>8</sup>No puede pasar desapercibido, para la lectura del caso, que el campo militar era una referencia paterna para el Hombre de las ratas y que, en dicho contexto, se había propuesto "mostrar a los oficiales de carrera que uno no sólo ha aprendido algo, sino que puede aguantar bastante" (Cf, Freud, 1909, p. 132).

<sup>9</sup>En esta indicación no se trata de ninguna atribución de voluntad, sino de destacar que el neurótico siempre encuentra al Otro que lo trauma, esto es, que verifica su fantasma.

<sup>10</sup>"Aquí se interrumpe, se pone de pie y me ruega dispensarlo de la pintura de los detalles. Le aseguro que yo mismo no tengo inclinación alguna por la crueldad, por cierto que no me gusta martirizarlo, pero que naturalmente no puedo regalarle nada sobre lo cual yo no posea poder de disposición. Lo mismo podía pedirme que le regalara dos cometas" (Freud, 1909, 133).

<sup>11</sup>En sentido estricto, el "ocasionamiento" de la enfermedad estaría en el plan de matrimonio familiar que "le encendió el conflicto: si debía permanecer fiel a su amada pobre o seguir las huellas del padre y tomar por esposa a la bella, rica y distinguida muchacha que le habían destinado. Y a ese conflicto, que en verdad lo era entre su amor y el continuado efecto de la voluntad del padre, lo solucionó enfermándose; mejor dicho: enfermándose se sustrajo de la tarea de solucionarlo en la realidad objetiva" (Freud, 1909, 156).

<sup>12</sup>Es notable que Freud mismo consigne que intervenciones de ese tenor tampoco buscan producir convencimiento, "sólo están destinadas a introducir en la conciencia los complejos reprimidos" (Freud, 1909, 144).

<sup>13</sup>"Una vez me trajo un sueño que contenía la figuración del mismo conflicto en su transferencia al médico: Mi madre [la de Freud] ha muerto. Quiere presentar sus condolencias, pero tiene miedo de producir la risa impertinente que ya repetidas veces ha mostrado a raíz de casos luctuosos. Por eso prefiere escribir una tarjeta con 'p. c', pero estas letras se le mudan, al escribirlas, en 'p. f'" (Freud, 1909, 152). De este modo, al intentar enviar sus condolencias, concluye por felicitar a Freud por la muerte de su madre.